



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Domingo 16 de marzo de 1980

1. "Padre, he pecado contra ti..." (Lc 15, 18).

El cuarto domingo de Cuaresma nos presenta toda la realidad de la conversión y, mediante la parábola del hijo pródigo, nos demuestra su profundidad, riqueza y sencillez.

En el centro mismo de esta página evangélica se encuentran precisamente las palabras: "Padre, he pecado contra ti".

La Iglesia, en el período de la Cuaresma, pondera estas palabras con una particular emoción, puesto que se trata de un tiempo en que la Iglesia desea *más profundamente* convertirse a Cristo, *y sin estas palabras no hay conversión en toda su verdad interna*. Sin estas palabras: "Padre, he pecado", el hombre no puede entrar verdaderamente en el misterio de la muerte y de la resurrección de Cristo, para sacar de ella los frutos de la redención y de la gracia.

Estas son palabras-clave. Evidencian sobre todo la gran *apertura interior del hombre hacia Dios*: "Padre, he pecado contra ti". Si es verdad que el pecado, en cierto sentido, cierra al hombre por lo que se refiere a Dios, al contrario, la confesión de los pecados abre la conciencia del hombre de toda la grandeza y la majestad de Dios, y sobre todo su paternidad. El hombre permanece cerrado en relación con Dios mientras falten en sus labios las palabras: "Padre he pecado" y sobre todo mientras falten en su conciencia, en su "corazón".

Convertirse a Cristo, experimentar la *potencia interior de su cruz y de su resurrección*, experimentar la plena verdad de la humana existencia en Él, "en Cristo", sólo es posible con la fuerza de estas palabras: "Padre, he pecado". Y sólo al precio de ellas. En el período de

Cuaresma, la Iglesia ora y trabaja de modo especial, *para que ellas maduren* en el más amplio círculo de las conciencias humanas, a fin de que el hombre de nuestro tiempo las pronuncie con toda la sencillez y la confianza indispensables.

Son palabras liberadoras.

2. La Sagrada Escritura, con la expresión: "mundo", entiende la *temporalidad del hombre*, hasta convertirse en la dimensión completa y exclusiva de su existencia.

Pues bien, "el mundo" –sobre todo muchas palabras "del mundo" dirigidas al hombre contemporáneo– trata de impedir al hombre pronunciar estas palabras: "Padre, he pecado contra ti", para que las considere como inútiles y olvidadas y se libere de ellas.

"El mundo", pues, de diversos modos, trata de privar al hombre de este profundo aspecto de la verdad, con la que él se hace consciente del propio pecado y *lo llama por su nombre, ante Dios mismo*.

El Salmista habla aún más claramente: "Tibi soli peccavi", "Contra ti sólo pequé" (*Sal 51, 6*).

Ese "Tibi soli" no ofusca todas las otras dimensiones del mal moral, cual es el pecado en relación con la comunidad humana. Sin embargo, "el pecado" es un mal moral *de modo principal y definitivo* en relación con Dios mismo, con el Padre en el Hijo. Así, pues, "el mundo" (contemporáneo), –y "el príncipe de este mundo"– trabaja muchísimo para ofuscar y aniquilar en el hombre este aspecto.

En cambio, la Iglesia en Cuaresma trabaja sobre todo para que cada uno de los hombres se encuentre a sí mismo con el propio pecado ante Dios solo, y en consecuencia para que acoja la potencia salvífica del perdón contenida en la pasión y en la resurrección de Cristo.

Dirijo un especial saludo a los numerosos afiliados a las comunidades neocatecumenales que se proponen ayudar a los bautizados para que comprendan, aprecien y secunden la inestimable fortuna del sacramento del bautismo, mediante un itinerario de evangelización, de catequesis y de participación en la vida litúrgica, itinerario gradual e intensivo, que en cierto modo nos recuerda el antiguo catecumenado.

Carísimos os exhorto a interesaros cada vez con mayor generosidad en vuestro esfuerzo de contribuir a la edificación del Cuerpo místico de Cristo y a la acción de apostolado de la Iglesia, obedeciendo al mandato del Señor: "Id y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo" (*Mt 28, 19*). Que os sostenga y os guíe la constante fidelidad a las enseñanzas del Magisterio y de la obediencia a los pastores de la Iglesia. Os deseo de corazón que realicéis con generosidad y entusiasmo vuestros afanes a la luz de la Exhortación

Apostólica *Evangelii nuntiandi*, de mi venerado predecesor Pablo VI, y de la *Catechesi tradendae*, emanada por mí siguiendo las indicaciones del Sínodo de los Obispos sobre la catequesis.

Que os acompañe mi bendición que de buen grado extiendo a vuestros seres queridos.

Después del Ángelus

Se cumple hoy el segundo aniversario del estrago de Vía Fani, donde cinco hombres fueron asesinados y el honorable Aldo Moro secuestrado, para ser asesinado también cincuenta días más tarde. La impresión de horror suscitada entonces en el ánimo de todos, ha ido aumentando posteriormente por otros muchos y frecuentes hechos sangrientos que han turbado diversas ciudades de Italia y, en particular, nuestra amada Roma, donde solamente en los últimos días han sido cuatro las víctimas de la violencia terrorista.

¿Qué se se puede hacer para frenar la oleada creciente de esa locura homicida? El cristiano tiene una propia respuesta: rezar y amar. El odio engendra la muerte; sólo del amor puede venir la vida.

Roguemos, pues, por todos;

por las víctimas y por sus familiares;

por los responsables de la sociedad civil

y por los defensores del orden;

por los terroristas y sus encubridores.

Roguemos, en particular, por cuantos caen en la tentación del desaliento y de la angustia frente a los abismos de la malicia humana.

Que el, Señor confirme en nuestros corazones

la certeza de que la victoria definitiva esté reservada al amor.

Y ahora, en nombre de Dios y sostenido por la confianza que tengo en las reservas de bondad que se esconden en todo corazón humano, me dirijo públicamente a los raptos de Annabel Schild, la muchacha inglesa de 15 años, sordomuda, secuestrada durante las vacaciones en Cerdeña el pasado mes de agosto.

Desde hace ocho semanas, Annabel Schild ha quedado sola en manos de sus secuestradores, después que éstos liberaron a la madre. Es esta una noticia que he sabido directamente de la familia y que hago pública con su consentimiento. Todos comprendemos que su estado de ansiedad es insostenible. Quieran, por fin, los secuestradores tener piedad de esa pobre criatura y tomar en consideración el indecible sufrimiento de los padres; demuestren su sentido de humanidad, no prolongando más este dolor, este tormento, esta angustia. Lo pido después de haber invocado a la Virgen, nuestra Madre común. Espero ardientemente que este mi

llamamiento no quede en el olvido.

Saludo también al numeroso grupo de mujeres de Acción Católica, que han llegado a Roma de todas las diócesis de Italia para participar en un congreso, que trata de explicar el papel que el ama de casa está llamada a desempeñar en la comunidad familiar, eclesial y civil donde vive y actúa.

Carísimas: os animo de todo corazón a que continuéis cumpliendo ese apostolado dentro de las familias y de la sociedad y os exhorto a que saquéis de vuestra fe la fuerza para superar todas las dificultades.

Que os sostenga mi bendición.

Un saludo también a los jóvenes y niños de la parroquia de San Pedro, de Fiuggi, los cuales, acompañados de su párroco, han organizado una carrera de relevos desde esta plaza hasta su ciudad.

Con fervientes votos, os acompañe mi paterna bendición.

En este momento quisiera aludir a que mañana es el día de San Patricio. Una vez más mi pensamiento se vuelve a Irlanda. Recuerdo mi visita a dicha nación y la maravillosa acogida que me dio. En esta ocasión envío mi felicitación a todos los irlandeses; a los que están en la patria y en Roma y en el mundo entero. *Moladh go deo le Dia!*